

FAZ A FAZ¹⁰⁸

Numerosas Son las imágenes de la Virgen María, sobre todo entre los íconos de Oriente, en las que el Niño Dios apoya su mejilla contra la de su Madre en una actitud llena de confianza y de abandono. Entre ellos el “faz a faz” se realiza de la manera más perfecta, puesto que nada se interpone entre sus rostros.

Es el símbolo expresivo de la intimidad que debe reinar entre un hijo de Dios y su Padre. Dios no es, en efecto, solamente fuente primera de toda bondad paternal *-nemo tam pater*, dice Tertuliano, “nadie es tan padre” como él (cf. *Mt 23,9*)-, sino que lo es también de toda ternura maternal: *nemo tam mater*, “nadie es tan madre” como Dios. Oseas, el profeta del amor, nos lo presenta como un padre que rodea a su hijo con el más delicado amor: “*Yo enseñé a Efraím a caminar, tomándole en mis brazos... y era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer*” (*Os 11,3 ss.*).

¿Quién habría osado esperar que Dios ofrecería al hombre tal ternura e intimidad? Pues sabemos que todo cuanto en el Antiguo Testamento se dice colectivamente del pueblo de Dios puede aplicarse en el Nuevo a un hijo de Dios en particular. El rostro de Dios está constantemente vuelto hacia cada uno de nosotros con benevolencia infinita, con una atención tal que nada podría distraer. Nos toca a nosotros responder *buscando su rostro sin descanso* (*Sal 105,4*).

“*Muéstrame tu rostro*” (*Ct 2,14*). Así habla el Esposo del Cantar a su amada y así hablarán todos los que se aman, pues los intercambios de amor y de mutua complacencia se hacen en el faz a faz. Mientras *peregrinamos lejos del Señor* (*2 Co 5,6*) ese contacto personal ocurre en la oscuridad: *Ahora vemos* (a Dios) *en un espejo, confusamente. Entonces* (en la eternidad) *veremos cara a cara* (*1 Co 13,12*).

La visión cara a cara nos será concedida sólo después de esta vida; ahora, gracias a la fe viva, a la fe despierta, debemos esforzarnos por vivir *como si viéramos ya al Dios invisible* (cf. *Hb 11,27*). Avanzando como a tontas, debemos buscar a Dios en las tinieblas (cf. *Hch 17,27*), conversar con él de corazón a corazón, mientras esperamos el día en que nos será dado por fin el “faz a faz” con él en la plena luz. Ver el rostro del amado, hablarle *de viva voz* (*2 Jn 12; 3 Jn 14*) mirándole a los ojos, he ahí la felicidad a la que aspiran todos aquellos que aman; he ahí lo que produce el perfecto gozo, como dice san Juan: *Espero ir a veros y hablaros de viva voz, para que nuestro gozo sea completo* (*2 Jn 12*).

Escrutando el tesoro de la palabra de Dios, y abrevándonos en esas fuentes divinas, querríamos demostrar lo siguiente:

- I. que el rostro de Dios está incesantemente vuelto hacia nosotros;
- II. que en el rostro de Cristo se revela el rostro de Dios;
- III. que la santidad consiste en vivir a la luz del rostro de Dios.

I. “Impresa está en nosotros, Señor, la luz de tu rostro” (*Sal 4,7 LXX y Vulgata*)

El rostro del hombre es el espejo de su corazón. En él se reflejan la alegría y el dolor, el amor y el odio: *El corazón del hombre modela su rostro, tanto hacia el bien como hacia el mal* (*Si*

¹⁰⁸ Tradujo: Hna. Paula Debussy, osb. Santa Escolástica.

13,25). Este “espejo” puede engañar a los hombres, pero no engaña a Dios: *El hombre mira las apariencias pero Dios mira el corazón* (1 S 16,7; cf. Jr 11,20; 17,10; Mt 22,16).

Por su rostro se distingue a las personas: en varias lenguas el mismo vocablo significa “rostro” y “persona” (p. ej. en hebreo *pânîm*, en griego *prósôpon*, en ruso *litsó*). El “rostro” de Dios, vale decir él mismo, él en persona, ha salvado a su pueblo; el Señor dice a Moisés: *Mi rostro* (Yo mismo) *irá contigo y te daré* (la tierra del) *descanso*, es decir, Canaan (Ex 33,14; cf. 2 S 17,11). *No fue un mensajero ni un ángel, sino su Rostro quien los salvó. Por su amor y su compasión él los rescató: los levantó y los llevó todos los días desde siempre* (Is 63,9).

En varios textos del Antiguo Testamento encontramos la idea de que el rostro de Dios es mortalmente temible para el hombre. Es tal el abismo que separa al hombre pecador de la santidad de Dios que el hombre debería morir al ver a Dios. Jacob experimenta un asombro agradecido por haber quedado vivo después de haber visto el rostro de Dios. Después de haber luchado con Dios en el vado de Yabboq, llamó a ese lugar *Penuel* (“Rostro de Dios”, cf. Jc 8,8 s.; 1 R 12,25) y exclamó: *“He visto a Dios cara a cara y tengo la vida salva”* (Gn 32,31; cf. Dt 5,24). *“Mi rostro no podrás verlo porque no puede verme el hombre y seguir viviendo”*, dijo Dios a Moisés (Ex 33,20; cf. 19,21; Lv 16,2). Después que les hubo aparecido el ángel del Señor, que representa la gloria de Yavé, los padres de Sansón se dijeron: *“Seguro que vamos a morir porque hemos visto a Dios”* (Jc 13,22). Después de haber contemplado la gloria de Yavé, cuya santidad alababan los serafines, Isaías exclamó lleno de terror: *“¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al Rey, Yavé Sebaot!”* (Is 6,5).

Sin duda, fundándose en textos de la Biblia semejantes a éstos, los Masoretas¹⁰⁹ se creyeron autorizados y hasta obligados a modificar las vocales del texto consonante de ciertos lugares donde aparecía la expresión “ver el rostro de Dios”: en lugar del activo, pusieron el pasivo Y la fórmula “ver el rostro de Dios” fue cambiada por “ser visto por Dios”, “comparecer ante el rostro de Dios”. En el salmo 42, por ejemplo, el texto primitivo, conservado en las versiones siríaca y aramea (el *Targum*) decía así: *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo podré venir y ver el rostro de Dios?* (Sal 42,3). Este texto, ciertamente original y retenido por algunos manuscritos hebraicos, chocó a los Masoretas, quienes eliminaron la visión del rostro divino. Su texto se lee así: *“Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo podré venir y ser visto”*¹¹⁰ (ante) la faz de Dios?”.

Cuando Dios revela siquiera algo del esplendor de su santidad, el hombre cobra conciencia inmediatamente de su miseria y de su pecado: después de la pesca milagrosa que le había develado el poder divino de Cristo, Simón Pedro cae de rodillas ante Jesús y le dice: *“Aléjate de mí, Señor, que soy un pecador”* (Lc 5,8). El salmista implora: *“Retira tu faz de mis pecados”* (Sal 51,11), y sin embargo, dos versículos más abajo pide: *“No me rechaces lejos de tu rostro”* (v. 13). Pues así como si *el rostro del rey se ilumina, hay vida* (Pr 16,15), del mismo modo el rostro de Dios es la vida y la salvación del hombre: *¡Oh Yavé Sebaot, haznos volver, y que brille tu rostro para que seamos salvos!* (Sal 80,4. 8. 20).

Si el rostro de Dios no estuviese siempre vuelto hacia cada uno de nosotros lleno de benevolencia y amor, volveríamos a la nada: *Escondes tu rostro y se anonadan, les retiras su soplo y expiran y a su polvo retornan. Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra* (Sal 104,29 s.).

Felizmente, el rostro de Dios nunca se aparta de nosotros. Así lo afirma el salmista: *Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro; tú has dado a mi corazón más alegría que*

¹⁰⁹ Se llama así a los sabios judíos que entre los siglos VIII y X de nuestra era fijaron, hasta en sus menores detalles, el texto hebraico en lo referente a la ortografía y la pronunciación.

¹¹⁰ La versión griega y la *Vulgata* (*apparebo-apparui*) dan el mismo sentido aquí y en el salmo 63,3.

cuando abundan ellos en trigo y vino nuevo (Sal 4,7b-8, LXX y Vulgata).

San Agustín¹¹¹ comenta así esta palabra del salmo: «La luz de tu rostro está impresa sobre nosotros, Señor»: somos la moneda de Dios, somos una pieza de plata que se apartó del tesoro. El error del pecado ha borrado la impronta con que estábamos marcados. Quien la había grabado vino para devolverle su forma primera; busca la moneda que le pertenece como César reclama la que lleva su sello; y por eso dice: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22,21). A César las monedas y a Dios vuestras personas. Entonces la verdad quedará impresa para siempre en vosotros».

Dios jamás nos pierde de vista; imposible sustraerse a su mirada: “¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu, a dónde de tu rostro podré huir?” (Sal 139,7). “Voy a instruirte, a mostrarte el camino a seguir; fijos en ti mis ojos, seré tu consejero” (Sal 32,8). *Los ojos de Yavé están sobre quienes lo temen, sobre aquellos que esperan en su amor (Sal 33,18). Los ojos de Yavé sobre los justos, sus oídos escuchan su clamor (Sal 34,17).*

El rostro de Dios nos está siempre presente; pero ¡ay! cuántas veces en lugar de volver nuestro rostro hacia él le damos la espalda. El Señor se queja amargamente de ello por boca del profeta: “Ellos me volvieron la espalda, que no la cara” (Jr 2,27; 7,24; 32,33). Enojado por la infidelidad de su pueblo amenaza hacer lo mismo: “La espalda, que no la cara, les mostraré el día de su infortunio” (Jr 18,18).

La fórmula bíblica *cara a cara (faz a faz)* puede tener dos sentidos opuestos: el “cara a cara” temible y el “cara a cara” amistoso. El primero es el de un acusado que debe comparecer ante un juez implacable. A Sedecías, rey de Judá, Jeremías anuncia un “cara a cara” terrible con Nabucodonosor, rey de Babilonia: será capturado y entregado en manos del rey pagano, sus ojos verán los ojos del rey de Babilonia y con él hablará boca a boca (Jr 34,3; cf. 32,4). La predicción se cumplió: Nabucodonosor hizo juzgar a Sedecías y después de haber degollado delante de él a sus hijos, le sacó los ojos y lo encadenó para llevarlo cautivo a Babilonia (Jr 39,5-7; 52,8-11; 2 R 25,6 s.). Por boca de Ezequiel el Señor amenaza al pueblo con hacerle un proceso: “Os conduciré al desierto de los pueblos y allí os juzgaré cara a cara” (Ez 20,35).

Por el contrario, Moisés, el gran amigo de Dios, conoció un “cara a cara” con el Señor enteramente diverso, como lo cuenta la Biblia repetidamente. Hacia el fin del Deuteronomio leemos: *No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien Yavé trataba cara a cara (Dt 34,19). Yavé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo (Ex 33,10).* Hablando de Moisés dice el Señor: “Boca a boca hablo con él, abiertamente y no en enigmas” (Nm 12,8). Y Moisés convoca a todo el pueblo para decirle: “Yavé os habló cara a cara en la montaña, de en medio del fuego” (Dt 5,4). Según el profeta del exilio, cuando sea inaugurado el reinado de Yavé en Sión, los centinelas elevarán la voz y a una darán gritos de júbilo porque con sus propios ojos (los ojos puestos en sus ojos) verán el retorno de Yavé a Sión (Is 52,8).

San Pablo vuelve a tomar la expresión “cara a cara” y la aplica a la visión beatífica de Dios en el más allá: *Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces, veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto; entonces conoceré como soy conocido (1 Co 13,12).* Ahora nos asemejamos a un ciego que conversa íntimamente con alguien que goza de una vista normal: el ciego es visto, pero no ve. De igual modo, Dios nos ve y nos conoce perfectamente, pero nosotros lo vemos solamente en el espejo de la fe.

La fe nos descubre el rostro de Dios. Ella nos enseña que la fórmula de bendición de Aarón se ha verificado para nosotros. *Yavé te bendiga y te guarde; ilumine Yavé su rostro sobre ti y te sea propicio; Yavé te muestre su rostro y te conceda la paz (Nm 6,24-26).*

¹¹¹ *Tract. in Ioanem*, 40, N° 9 (sobre Jn 8,31) PL 35,1691.

II. El rostro de Dios nos ha sido revelado en el rostro de Cristo (cf. 2 Co 4,6)

Es de toda evidencia que Dios no posee forma humana y por consiguiente tampoco un rostro semejante al nuestro. Si para los griegos, los dioses podían aparecer ante la mirada de los hombres, el Antiguo Testamento, por el contrario mantiene firmemente la convicción de que Dios se revela por la palabra y no por la visión de su rostro¹¹².

Con el fin de probar la utilidad de la teología para la vida espiritual, santo Tomás¹¹³ recuerda el error en que cayó el abad Serapión, según el relato de Casiano en las *Colaciones de los Padres*¹¹⁴. Serapión, asceta renombrado por su santidad, pero ignorante, se representaba la divinidad en forma humana. Un día, Fotino, diácono de Capadocia, de visita en la comunidad de los monjes, les comentó Gn 1,26: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*, mostrando que esta semejanza debe entenderse en el sentido espiritual. Los hermanos, felices, agradecen a Dios por esta luminosa enseñanza. Pero el anciano Serapión está sumamente turbado al ver que se desvanece en su corazón la forma humana según la cual acostumbraba a representarse la divinidad. De repente rompe a llorar amargamente y, postrado en tierra, se lamenta gimiendo “¡Desdichado de mí! ¡Me han quitado a mí Dios! ¡No tengo dónde agarrarme! ¿A quién adoraré? ¿A quién me dirigiré? Ya nada sé”.

Consolémonos: si Dios carece de rostro humano propiamente dicho, en cambio posee e irradia en el más alto grado todo aquello de que el rostro es imagen: presencia, asistencia, benevolencia, amor. Pero además, desde que Dios se hizo hombre, se puede decir con toda verdad que Dios tiene un rostro humano que podemos y debemos adorar, al cual podemos dirigir nuestra mirada.

El salmista rogaba con insistencia, repitiendo tres veces el mismo grito: “¡Brille tu rostro y seremos salvos!” (*Sal* 80,4. 8. 20). Y tres veces también encontramos en el salterio esta súplica: *¡penêh-‘êlay wehonnênî!* “¡Vuélvete hacia mí, ten piedad de mí”. Para hacer resaltar mejor el vínculo etimológico entre *pânîm* (rostro) y *pânân* (volverse)¹¹⁵ es posible traducirlo así: “¡Hazme ver tu rostro, hazme gracia!” (*Sal* 25,16; 86,16; 119,132)¹¹⁶.

En la liturgia de Adviento este llamado urgente se repite varias veces: “¡Muéstranos tu rostro, Señor y seremos salvos!”. Y en la fiesta de Navidad la Iglesia canta su júbilo porque por el nacimiento del verdadero “Salomón”, “Príncipe de la paz” (*Is* 9,5) ha sido por fin atendida esta súplica: “*El Rey pacífico ha sido glorificado, aquel cuyo rostro desea ver toda la tierra*”¹¹⁷. Esta antífona alude al relato de los libros históricos del Antiguo Testamento donde, con una exageración muy oriental, se dice que *toda la tierra, todos los reyes de la tierra deseaban ver el rostro de Salomón y escuchar su sabiduría* (*1 R* 10,24; *2 Cro* 9,23). Sin hipérbole alguna, todo el universo suspira -tenga o no conciencia de ello- por la contemplación del rostro del Niño Redentor que es mayor que Salomón (cf. *Mt* 12,42; *Lc* 11,31).

Por la encarnación del Verbo, *imagen del Dios invisible* (*Col* 1,15), Dios nos ha mostrado verdaderamente su rostro, ha hecho brillar su rostro sobre nosotros, de una manera mucho más maravillosa de lo que podía esperar lo cualquier fiel de la Antigua Alianza. Y en efecto, dice san Juan que *a Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha*

¹¹² Cf. E. Lohse, en G. Kittel, THWNT, VI 774, 1. 7-10.

¹¹³ *Suma Teológica*, II-II q. 188 a. 5.

¹¹⁴ JUAN CASIANO, *Colaciones* X,3.

¹¹⁵ En hebreo, el sustantivo *pânîm* (cara) deriva del verbo *pânâh* (volverse hacia): la cara es, en efecto, lo que “volvemos hacia” nuestro interlocutor.

¹¹⁶ En su libro *Les Psaumes* (Presses Universitaires de France, Paris, 1956), p. 239, ANDRE CHOURAQUI traduce así el *Sal* 119,132.

¹¹⁷ Antífona del 1er. salmo de las I Vísperas de Navidad.

contado (Jn 1,18). Sobre el rostro humano de Cristo resplandece la gloria luminosa de Dios: *Pues el mismo Dios que dijo: “Del seno de las tinieblas brille la luz” (cf. Gn 1,3), ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios (la cual resplandece) en la faz de Cristo (2 Co 4,6). El Hijo de Dios encarnado es el resplandor de la gloria de Dios, efigie de su sustancia (Hb 1,3).*

En el Cenáculo, el apóstol Felipe suplicó a Cristo: *“Señor, muéstranos al Padre” (Jn 14,8). Y Jesús le respondió: «“Tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre?” (Jn 14,9)».* Es suficiente mirar a Jesús para ver al Padre, pero es necesario mirarlo con mirada de fe sobrenatural. *“¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?” (v. 10a).* Ya mucho antes había exclamado Cristo en alta voz: *“El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; el que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado” (Jn 12,44 s.).*

Antes de la Encarnación del Hijo de Dios, el rostro de Dios nos era poco conocido, y de manera confusa e indefinida, y lo mismo ocurría con el “nombre del Padre”. Cristo es quien vino a *manifestar a los hombres el nombre del Padre (Jn 17,6)* “presentándose como una manifestación (del Padre) por obras que sobrepasan toda concepción. Pues el Padre es glorificado en Cristo como en una imagen y en una impronta de su propia esencia... El Hijo único se manifestó como quien es esencialmente la Sabiduría y la Vida, artífice y creador del universo, más poderoso que la muerte y la corrupción, puro, inmaculado, misericordioso, santo y bueno. Y el que lo engendró ha sido conocido también como quien es todo esto”¹¹⁸.

El nombre del Padre, que el Hijo nos revela, se llama *Agape*, “Amor”, ternura y misericordia infinitas. La parábola del hijo pródigo (*Lc 15,11 s.*) nos presenta en un ejemplo concreto y conmovedor, a Cristo “dando a conocer el nombre de su Padre”, haciendo brillar sobre nosotros el rostro de su Padre. El menor de dos hermanos parte para un país lejano (v. 13): da la espalda a su padre. Sin embargo, éste no deja de seguir a su hijo, de volver su rostro hacia él; y cuando el hijo, arrepentido, retorna a la casa paterna, el padre lo divisa cuando está aún lejos, corre a abrazarlo y lo besa largo rato (v. 20).

El rostro del Padre se nos revela siempre en todo cuanto Jesús es, hace o dice. Cuando el Hijo del hombre procura entrar en contacto con los pecadores y come con ellos, cuando dice a la adúltera: *“Yo tampoco te condenaré, vete y no peques más en adelante” (Jn 8,11);* cuando, desde lo alto de la cruz asegura al ladrón arrepentido: *“En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43),* brilla para nosotros el rostro del Padre, todo piedad y misericordia.

Ya no necesitamos pedir a Cristo, como en otro tiempo el apóstol Felipe: *“Muéstranos al Padre” (Jn 14,8).* Es suficiente que le digamos: “Muéstranos tu rostro”. *“Haz que brille tu faz para tu siervo” (Sal 119,135).* Pero sólo gracias a una fe bien despierta, bien viva, se tornará el rostro de Cristo visible, luminoso y atrayente para nosotros.

Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Ef 5,14). Es verdad que a menudo tenemos la tentación de gritarle al Señor con el salmista: *“Levántate, Señor, ¿por qué duermes? Levántate y no nos rechaces más” (Sal 44,24).* En realidad, el Señor no duerme: *No duerme ni dormita el guardián de Israel (Sal 121,4).* Somos nosotros los que estamos dormidos: nuestra fe ha de ser sacudida constantemente. No podremos captar perfectamente la totalidad de lo real sino en la medida en que nos esforcemos por levantar nuestro rostro, humilde, adorante, abierto, pronto a obedecer, un rostro maravillado y silencioso, hacia la Faz de Dios que a cada instante se inclina hacia nosotros con una atención, una bondad y una ternura siempre alertas.

Es Verdad que nosotros podríamos no atrevernos a levantar los ojos al cielo”, es decir hacia

¹¹⁸ San CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario sobre San Juan*, libro XI, cap. 7; PG 74,497D-500A.

Dios (Lc 18,13). ¿Osaríamos acaso levantar nuestro rostro (cf. 2 S 2,22) hacia ese Dios cuyos ojos son demasiado puros para ver el mal? (cf. Ha 1,13). “A ti, Señor, la justicia, a nosotros, la vergüenza en el rostro... porque hemos pecado contra ti” (Dn 9,7 s.; Ba 1,15; 2,6; Ez 16,63). Podríamos hacer nuestra la oración de Esdras: “Dios mío, harta vergüenza y confusión tengo para levantar mi rostro hacia ti. Porque nuestros crímenes se han multiplicado hasta sobrepasar nuestra cabeza” (Esd 9,6). Pero nuestro Dios, infinitamente misericordioso, “levantará la cara”¹¹⁹ de aquel que se postra confiado y contrito ante él (cf. Gn 32,21), es decir, lo perdonará, lo acogerá con bondad -como el padre en la parábola del hijo pródigo-, echará a su espalda todos sus pecados (cf. Is 38,17) y así reconciliado podrá tener sus delicias en el Omnipotente y levantar su rostro hacia Dios (Jn 22,26; cf. 11,15).

Siguiendo el ejemplo de santa Teresa del Niño Jesús, que llevaba también el nombre de Teresa de la Santa Faz, deberíamos tener una devoción especialísima a la faz de nuestro Redentor, desfigurada por la Pasión y que, aún entonces, brilló seguramente con una belleza muy especial. Nos dice la Santa que ella había fundado su devoción en estas palabras del cuarto canto del Siervo de Yavé, según la traducción de la Vulgata: *No tenía ni belleza ni esplendor; nosotros lo hemos visto y nada hay en él que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atención. Despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto y afrentado, por lo que no hicimos ningún caso de él* (Is 53, 2 s.)¹²⁰.

Friedrich Schiller¹²¹ expresó este pensamiento profundo: “Si no has visto la belleza en el sufrimiento, jamás viste la belleza”. La faz de Cristo, sobre todo deformada por la Pasión, ha debido poseer una belleza inefable. “Para nosotros los creyentes -decía san Agustín¹²²- el Esposo debe aparecer siempre lleno de hermosura: hermoso en brazos de su Madre, hermoso bajo los azotes de la flagelación, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo”.

Un poeta austríaco, sacerdote, muerto en 1953¹²³, se expresa con gran fuerza en una admirable poesía, plegaria dirigida a la faz de Cristo crucificado.

La Tarde del Viernes

Faz de Cristo, que caes sobre el hombro, embriagada de dolor
bajo el peso de la corona que se clava en los cabellos ensangrentados:
déjame saludarte y cantarte dolorosamente, tiernamente,
déjame que me abisme en tu presencia.

Todo se esfuma, ¡oh Imagen! a tu alrededor,
todo canto se apaga con inefable suavidad
ante tu silencio. Tú eres paz, Tú eres dolor,
y todo lo demás, sangre, palidez, crepúsculo.

Para que guste siempre tu silencio, ese mar enrojecido
que rodea las islas de las Siete Palabras,
y guste también la luz de tus ojos, serena y suave,
luna sagrada a través de los bosques húmedos de rocío,

Llena con tu presencia mi jornada y mi noche solitaria,

¹¹⁹ La fórmula “levantar la cara” (en hebreo, *násâ pânîm*) que expresa benevolencia, se explica a partir del saludo oriental: se baja la cara hasta el suelo o bien se postra tocando el suelo con la frente. Si la persona a quien se saluda así, “levanta la cara” de su visitante, le testimonia su favor. La misma expresión tiene a menudo un sentido peyorativo: designa la parcialidad del juez. “Levantar (o reconocer) la cara de alguien” significa “hacer acepción de personas” (cf. Dt 1,17; 16,19; Sal 82,2; Rm 2,11; Ef 6,9, etc.). Ver E. LOHSE, en G. KITTEL, THWNT, VI 780 s.

¹²⁰ Cf. Sta. Teresa del Niño Jesús, *Novissima Verba*, 5 agosto 1897 (Lisieux, 1926), 119.

¹²¹ *Schillers Werke*, ed. Reinhard Buchwald, vol. II (Insel-Verlag, 1952), 531.

¹²² *Enarr. in Ps.* 44, N° 3, PL 38,495.

¹²³ Heinrich Suso WALDECK (seudónimo de Augusto POPP), *Gesammelte Werke*, vol. I (Innsbruck, 1947), 77.

la casa y el campo, ¡oh amargo Esplendor!
Sal a mi encuentro con tu rostro amigo,
surge de todos los espejos, de todas las fuentes.

Siento que mi rostro se pierde en el tuyo,
y me vuelvo ciego mirando a tu luz.
A lo lejos, el mundo vacila en la tiniebla,
embriagado en tu sufrimiento, y en el mío, Jesús.

III. Feliz el pueblo que marcha a la luz de tu rostro, Señor

En el Antiguo Testamento aparece una y otra vez la exhortación *Buscad al Señor* (*Am* 5,6; *Is* 55,6; *So* 2,3), *Buscar siempre su rostro* (*Sal* 105,4; *1 Cro* 16,11). Para buscar verdaderamente a Dios hay que buscarlo como a una persona, y eso significa buscar su rostro. “Martín Buber, ese filósofo judío alimentado con la mística de los *hassidim.*, en el que un último filón vivo de la tradición profética se prolonga hasta nosotros, lo ha expresado en términos excelentes: la persona es buscada como una persona sólo en el diálogo”¹²⁴, en el cara a cara. “En el fondo hay un solo interlocutor que pueda revelar el hombre a sí mismo en aquello que tiene de más personal y esencial: su dignidad, su libertad: el Dios personal. Quien vive con él y obra en él en una comunidad de amor libremente elegida, es perfectamente invencible, es el hombre libre por excelencia, el hombre intrépido y audaz, el hombre que ama y que renace incesantemente”¹²⁵.

La santidad consiste en vivir en la presencia de Dios; y cuanto más nos esforzamos por mirar, en la fe amante, el rostro de Dios, tanto más seremos transformados en Dios.

1) “*Anda en mi presencia y sé perfecto*” (*Gn* 17,1)

A Abrahán, nuestro padre en la fe, Dios había trazado ya el camino de la santidad al decirle: “*Yo soy el Dios omnipotente. Anda*¹²⁶ *en mi presencia (ante mi rostro) y sé perfecto*” (*Gn* 17,1). El mismo ideal vale para nosotros los cristianos, verdaderos hijos de Abrahán. Todos sabemos qué impulsos poderosos pueden brotar de rostro venerado y amado. Con cuánta mayor razón el pensamiento de la presencia permanente del Dios infinitamente santo debería estimularnos a una actitud noble y santa. La santidad consiste en sostener la mirada de Dios. Ciertamente esto puede parecer pura pasividad, pero si el encuentro es auténtico, exige gran esfuerzo y abnegación.

No prestar atención a la presencia divina es mancharse: *Delante de él no hay Dios; y así sus caminos siempre están manchados* (*Sal* 10,4. 5 LXX y *Vulgata*). Los impíos están caracterizados como gente que *no tienen para nada a Dios presente* (*Sal* 54,5). Por eso el salmista pide a Dios “*Haz que sea recto ante tus ojos mi camino*” (*Sal* 5,9 LXX y *Vulgata*).

En la luz divina vemos no solamente la luz (*Sal* 36,10), sino también todo lo tenebroso e inicuo que todavía anida en nuestro corazón. Pues, así como un rayo de sol a través de un vidrio enteramente limpio, ilumina y descubre una infinidad de granos de polvo en una atmósfera que, sin embargo, parecía totalmente pura, del mismo modo ocurre en nuestra conciencia a la luz de la faz de Dios.

¹²⁴ L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique* (Turnhout-Paris, 1950), 20 s.

¹²⁵ Elisabeth LANGGASSER, *Soviel berauschende Vergänglichkeit*. Cartas, 1926-1950, 4 agosto 1947 (Hanburg, 1954, 109).

¹²⁶ Es interesante notar que en este pasaje y en muchos otros, la fórmula hebraica “andar ante el rostro de Dios” ha sido vertida al griego como “agradar a Dios”: Enoch, Noé, Abrahán, Isaac “agradaron” a Dios por haber vivido en su presencia (*Gn* 5,22. 24; 6,9; 17,1; 24,40; 48,15; cf. *Sal* 26,3, etc.).

En cierta medida pertenecemos todos a esa *gente que se cree pura y no está limpia de su mancha* (Pr 30,12). *Al hombre le parecen puros todos sus caminos, pero Yavé pondera los espíritus* (Pr 16,2 = 21,2; cf. Lc 16,15). *Has puesto nuestras culpas ante ti, a la luz de tu faz nuestras faltas secretas* (Sal 90,8).

Es propio de sabios desconfiar de sí, y quien no tuviese nada que reprocharse, no por eso podría estar seguro de que agrada a Dios. Junto con san Pablo confesará humildemente: *“Ciertamente que mi conciencia nada me reprocha, mas no por eso quedo justificado. Mi juez es el Señor... Él iluminará los secretos de las tinieblas y pondrá de manifiesto los designios, de los corazones”* (1 Co 4,4 s.).

Todos debemos hacer nuestra la oración del salmista: *“¿Quién conoce sus faltas? Absuélveme de las que se me ocultan”* (Sal 19,13).

La Biblia multiplica las fórmulas en las que el rostro de Dios desempeña un papel decisivo: buscar el rostro de Dios, presentarse ante su rostro, caminar ante su faz, alegrarse ante su faz, “alegrar su rostro” por la intercesión y la oración.

La raza de los que buscan a Dios son los que buscan el rostro del Dios de Jacob (Sal 24,6).

“Dice de ti mi corazón: ‘Busca su rostro’. Sí, Yavé, tu rostro busco: no me ocultes tu rostro” (Sal 27,8 s.). Merece ser mencionada la variante de la traducción de los Setenta y de la Vulgata, pues expresa que nuestro rostro es el que debe buscar el rostro de Dios: *“Contigo ha hablado mi corazón; en busca de ti han andado mis ojos. Quiero buscar tu rostro, Señor”* (Sal 27,8 s.). El hombre debe buscar incesantemente este contacto íntimo y personal con su Dios: *“Buscad al Señor y a su gloria, buscad su rostro en todo tiempo”* (Sal 105,4).

El hombre piadoso de la Antigua Alianza se presenta ante la faz de Dios con alegría y júbilo: *Venid, cantemos gozosos al Señor, aclamemos a la Roca que nos salva, presentémonos ante su faz con acción de gracias, aclamémoslo al son de instrumentos* (Sal 95,1 s.). *Aclamad al Señor toda la tierra, servid al Señor con alegría, venid a su presencia con cantos de júbilo* (Sal 100,1 s.).

Así como la visita de un soberano provoca una alegría entusiasta, así también la presencia del Rey de los reyes debe comunicar un “júbilo real”¹²⁷.

El Señor su Dios está con Israel, en él se oye proclamar a su rey (Nm 23,21). *Con las trompetas y al son del cuerno aclamad ante la faz del rey Yavé* (Sal 98,6). *Los que andan en la presencia de Dios* (ante el rostro de Dios) *con fidelidad y corazón íntegro* (Is 38,3 = 2 R 20,3) conocen este júbilo: *“Dichoso el pueblo que sabe aclamarte y que camina, Señor, a la luz de tu rostro; en tu nombre se alegran todo el día, en tu justicia se entusiasman”* (Sal 89,16 s.). *Delante del rostro del Señor, los justos encontrarán hartura de goces y a su derecha, delicias para siempre* (Sal 16,11). *“Yo, en la justicia, contemplaré tu rostro, al despertar me saciaré de tu imagen”* (Sal 17,15).

En las cortes orientales era motivo de orgullo “estar de pie ante la faz del monarca”: la reina de Saba felicita a los servidores de Salomón que *están siempre ante el rostro del rey* (1 R 10,8). Pero los profetas Elías y Eliseo son infinitamente más dichosos de “estar de pie en la presencia” del Rey de reyes. Esta fórmula orgullosa y humilde a la vez, que es común en ambos, lo atestigua: *Viva el Señor en cuya presencia estoy* = (Viva el Señor a quien sirvo) (1 R 17,1; 18,15; 2 R 3,14; 5,16).

Para el hombre probado por el sufrimiento, el más seguro abrigo en todas sus aflicciones es “la

¹²⁷ El sonar de las trompetas que anuncian la presencia del rey. (Nota del traductor).

faz del Señor”, es decir, su persona llena de ternura que se inclina sobre cada uno de nosotros y hacia la cual se orienta nuestro corazón por la fe y el amor; en otras palabras, este contacto íntimo de amistad con Dios es la protección más eficaz contra las intrigas de los hombres y las lenguas belicosas”: “*Tú los escondes en el secreto de tu rostro, lejos de las intrigas de los hombres; bajo techo los pones a cubierto de la querrela de las lenguas*” (Sal 31,21).

La plegaria constante y, más especialmente, la intercesión en favor del prójimo, se halla a menudo expresada por esta imagen “desarrugar el rostro del Señor”, pasar, por decirlo así, suavemente la mano por el ceño fruncido del Señor para quitarle las arrugas. Evidentemente un gesto tal supone una familiaridad extraordinaria: no cualquiera podrá permitirse realizarlo. Solamente el hijo querido, la esposa amada, el amigo íntimo, pueden “desarrugar” la frente del padre, del esposo, del amigo irritado¹²⁸. El salmista ruega así: “*Con todo el corazón he ablandado (he desarrugado) tu rostro, tenme piedad conforme a tu promesa*” (Sal 119,58).

Esta búsqueda del rostro de Dios no puede ser verdadera sino a condición de que, al mismo tiempo nos esforcemos por reconocer, en el rostro del prójimo, el reflejo de la faz divina, pues todo hombre ha sido creado a imagen de Dios (cf. Gn 1,26 s.). Muy bien lo ha dicho Martín Buber: “En todo acto de relación, por todo lo que se nos torna presente, rozamos con la mirada el borde del Tú eterno, en todo percibimos su soplo, en cada *tú* nos dirigimos al Tú eterno... Una única presencia irradia a través de todas estas esferas¹²⁹”.

“Cuando un hombre ama una mujer, haciendo así que su vida esté presente en la suya, el tú que él ve brillar en los ojos de esta mujer, le hace entrever un rayo del Tú eterno”¹³⁰.

Cuando el viejo Tobías exhorta a su hijo a amar al prójimo, y especialmente al pobre, le dice: “*No vuelvas la cara ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su cara*” (Tb 4,7; cf. Si 4,4-5). San Jerónimo nos ha transmitido esta hermosa frase que Cristo, según el evangelio a los Hebreos, habría dirigido a sus discípulos: “*Estad alegres y sed felices sólo cuando hayáis mirado a vuestro hermano con caridad*”¹³¹.

2) Miradle y quedaréis radiantes (Sal 34,6)

La fe que actúa por la caridad (Ga 5,6) nos transforma en hijos de la luz. Con gozo debemos dar gracias a Dios Padre que nos ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz, que nos ha arrancado de] poder de las tinieblas y transferido al reino de su Hijo amado (cf. Col 1,12 s.). *Todos nosotros somos hijos de la luz e hijos del día (1 Ts 5,5)*.

Según la carta a los Hebreos, *la fe es... la prueba de las realidades que, no se ven (Hb 11,1)* o, más exactamente, tomando en cuenta los matices del término griego *élenchos*, “el medio por el que se sacan a luz las realidades que no se ven”. Comentando este pasaje, san Juan Crisóstomo exclama: “¡Qué admirable exactitud de expresión! La fe es la ‘demostración de las cosas que aún no se ven’, es decir, la convicción plena de lo invisible. La fe es, pues, una visión de verdades que aún no son manifiestas, y lo invisible que ella nos revela debe ser admitido con persuasión tan cierta como lo visible. Nos es imposible dejar de creer lo que vemos; ahora bien, si el objeto de la fe, que escapa a nuestros ojos, no nos parece tan verdadero como el mundo visible y más cierto aún que él, no tenemos fe”¹³², o, al menos, no la tenemos como la deberíamos tener.

Cuanto más iluminado se nos torna el rostro de Dios, gracias a una fe viva y ardiente, tanto más

¹²⁸ Cf. G.M. BEHLER, op: *Le devoir d'intercession du chrétien*, en la *Vie Spirituelle* 114 (marzo de 1966), 261.

¹²⁹ Martín BUBER: *Je et Tu*, primer capítulo de su libro *La vie en dialogue* (Paris, Aubier, 1959), p. 76.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 79.

¹³¹ *Comment. in Ep. 5,4 - K. ALAND, Synopsis quattuor evangeliorum* (Stuttgart, 1964), p. 79, N° 55.

¹³² *In Hebr.* 11,1; homilía 21, N° 2 - PG 63,151.

nos cautiva y nos fascina, y todo lo que no es digno de la mirada de Dios entra en la sombra. En vez de que *la fascinación del mal empañe el bien* (Sb 4,12), la fascinación del Bien Supremo, la “Belleza perfecta” (cf. Sal 50,2), oscurece más y más el mal en todas sus formas, pues *no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles sino en las invisibles; las cosas visibles, en efecto, son pasajeras, mas las invisibles son eternas* (2 Co 4,18).

Mientras mantenemos la mirada de nuestra fe amante fija en la faz llena de belleza y de bondad de nuestro Dios, nos tornamos luminosos, según la frase del salmista: “*Miradle y quedaréis radiantes*” (Sal 34, 6), y la del profeta: “*Tú entonces al verlo te pondrás radiante*” (Is 60,5).

Se cuenta que el rostro de santa Bernardita estaba luminoso y como transfigurado mientras contemplaba la aparición de la Virgen Inmaculada en la gruta de Massabielle. Es ley general valedera para todo conocimiento que el objeto que resplandece refleja su luz sobre quien lo mira tornándolo también luminoso.

Esta transformación del creyente en el objeto de su contemplación es la que san Pablo describe en la segunda carta a los Corintios: *Todos nosotros, que con el rostro descubierto* (sin llevar un velo como Moisés, cf. 2 Co 3,13; Ex 34,33-35) *reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos, como conviene a la acción del Señor, que es Espíritu* (2 Co 3,18). “La vida cristiana es una asimilación -que se va haciendo poco a poco- a Cristo glorioso”¹³³. Esta transformación alcanzará su plenitud suprema tan sólo en la visión “cara a cara”, cuando “conoceremos (a Dios) como somos (de él) conocidos” (cf. 1 Co 13,12). San Juan nos lo dice con todas las letras: *Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en Él se torna puro como Él (Cristo) es puro* (1 Jn 3,2 s.).

En espera de la visión “cara a cara”

*Señor de los ejércitos, haznos volver,
Brille tu rostro Y seremos salvos* (Sal 80,4. 8. 20)

Esta súplica ardiente del salmista ha obtenido ya una primera respuesta por la Encarnación del Hijo de Dios en cuyo rostro resplandece la gloria de la faz del Padre. Pero será escuchada por segunda vez en la visión beatífica cuando hayan caído todos los velos. Sólo entonces seremos “salvados” en plenitud, entonces nuestro gozo será perfecto (cf. 2 Jn 12).

Junto al cristiano que va a morir, la Iglesia, Madre y sacramento universal de salvación, anima, reza y anticipa los gozos de la visión: “Que veas el rostro radiante y dulce de Cristo Jesús y seas admitido entre aquellos que permanecen siempre junto a Él... Que puedas contemplar a tu Redentor faz a faz”¹³⁴.

En la Jerusalén celestial *no habrá ya maldición alguna* (Za 14,11); *el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios lo adorarán; verán su rostro y llevarán su nombre en la frente* (Ap 22,3 s.). “Verán su rostro”, fórmula extremadamente simple, pero cuya riqueza jamás llegó al corazón de ningún hombre (cf. 1 Co 2,9). *Felices los llamados al banquete de las bodas del Cordero* (Ap 19,9). En el gran banquete nupcial de la vida eterna, el Señor, el Esposo, se sentará a la mesa con los elegidos como si fuesen sus iguales (cf. Lc 22,28-30): conversará con ellos con intimidad, cara a cara, mirándoles a los ojos.

Mientras esperamos el gozo de esta visión “cara a cara”, tengamos el valor de vivir desde ahora “corazón a corazón” con Cristo bajo el velo de la fe. Modificando ligeramente un texto del libro

¹³³ J. DUPONT, osb, *Le chrétien miroir de la gloire divine d'après II Cor III,18*, en *Revue Biblique* 56 (1949), 403.

¹³⁴ De las oraciones por los agonizantes.

de las Lamentaciones según la versión de la *Vulgata*, (Lm 4,20), san Bernardo¹³⁵ expresa por dos veces este pensamiento: “Cristo, el Señor, es el soplo vital sobre nuestro rostro: a su sombra viviremos en medio de las naciones”.

La búsqueda constante de la faz de Dios es un homenaje en extremo precioso a los ojos divinos. Así lo sugiere san Pedro en su primera carta: “(A Jesucristo) le amáis sin haberle visto; en él creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa, seguros de alcanzar el objeto de vuestra fe, la salvación de las almas” (1 P 1,8 s.). Nuestro Señor mismo proclamó la bienaventuranza de aquellos que ejercitan la fe en medio de las tinieblas: “¡Felices los que creen sin haber visto!” (Jn 20,29).

Por el ejercicio fiel y asiduo de la oración nos colocamos una y otra vez en el campo de irradiación del rostro de Dios, en el campo de fuerza de su amor creador y transformante. *Y ahora te seguimos de todo corazón, te tememos y buscamos tu rostro* (Dn 3,41 LXX y Sir.).

Cuando nos resulta penoso vivir como si viéramos al Invisible (cf. Hb 11,27), hagamos lo que hizo Jesús en su último viaje a Jerusalén, la Ciudad que mata a los profetas (Lc 13,34): *Afirmó su semblante* (su cara) *para ir a Jerusalén* (Lc 9,51), es decir, tomó resueltamente el camino de la Ciudad Santa. Así cumplió la palabra del profeta en el tercer canto del Siervo de Yavé: “*Puse mi cara como el pedernal, a sabiendas de que no quedaría avergonzado*” (Is 57,7). También nosotros podemos estar seguros de que no seremos defraudados, si pese a todas las dificultades y oscuridades, seguimos buscando el rostro de Dios con sobriedad y firmeza; si continuamos nuestra íntima conversación con él, si nos dejamos inundar por su luz, como un niño ante la mirada de su madre, como las flores inmóviles frente al sol.

Un poeta alemán protestante¹³⁶, que tuvo sin duda la experiencia de una intensa vida de oración, y cuyas canciones son todavía hoy cantadas por nuestros hermanos separados y por los católicos, describe con precisión nuestro deber primordial frente al “Sol de la salvación” (Mt 3,20), Cristo:

Tú lo penetras todo:
haz que tu más hermosa luz,
Señor, bañe mi rostro.
Como las tiernas flores se abren dócilmente
y quietas permanecen de cara al sol,
del mismo modo pueda,
inmóvil y feliz,
recibir yo tus rayos
y dejarte obrar.

Nuestro Señor dijo que *nuestros ángeles en el cielo ven sin cesar la faz del Padre que está en los cielos* (Mt 18,10). Nuestros ángeles *contemplan* esa Faz; nosotros vivimos creyendo en esa misma Faz que nos mira con bondad y ternura. ¿Por qué no pedirle a nuestro ángel, que ve la faz del Padre, que nos recuerde su presencia? Dios se alegra de estar entre los hijos de los hombres (cf. Pr 8,31), nos colma de gozo ante su rostro (cf. Sal 21,7), nos enseña el sendero de la vida y nos sacia de gozo en su presencia (cf. Sal 16,11), a condición, sin embargo, de que nosotros también le demos la cara y no la espalda (cf. Jr 2,27; 7,24; 32,33).

Nosotros suspiramos por la visión de la faz del Redentor, pero estemos seguros que Él por su parte tiene un deseo no menos ardiente de vernos nuevamente y tenernos junto a sí en su gloria: “*Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplen mi gloria*” (Jn 17,24). Nos ha llamado “amigos” y nos sigue tratando como tales (Jn 15,15)¹³⁷. Pues bien, la amistad implica reciprocidad. Y si él espera de nosotros que seamos sus fieles amigos, él es el primero en tomar en serio los deberes que fluyen de una amistad verdadera. Su deseo de “ver nuevamente nuestro rostro” es incomparablemente más intenso que

¹³⁵ *In Nativitate B.M.V., Sermo de aquaeductu*, N° 1; PL 183,439 A - *In Cantica, Sermo* 31, N° 8; PL 183,944 C.

¹³⁶ Gerhard TERSTEEGEN (+ 1769), en *Gerhard Tersteegens Geisiliches Blu-mengärtlein* (15° ed. Stuttgart, 1956), p. 342.

¹³⁷ El perfecto griego de Jn 15,15 (*eiréka*) contiene este matiz de duración.

el de Pablo de ver otra vez a sus queridos tesalonicenses, a quienes escribe: “*Nosotros, hermanos, separados de vosotros (como un padre separado de sus hijos)*¹³⁸ *físicamente mas no con el corazón, ansiábamos con ardiente deseo ver vuestro rostro*” (1 Ts 2,17). El apóstol sabe que ellos desean volverlo a ver tanto como él (*ibid.* 3,6).

La Virgen María, en quien el Espíritu Santo formó el rostro del Salvador, fue también la primera en vivir “faz a faz” con Jesús, en una intimidad inefable. Que ella colme un día nuestra nostalgia mostrándonos la faz de su Hijo glorificado. En los monasterios de los cistercienses y en los de la Orden de Santo Domingo, todas las noches, después de Completas, se eleva a la Virgen Santísima esta conmovedora súplica:

Y después de este destierro,
muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡ Oh clementísima, oh piadosa,
oh dulce Virgen María!¹³⁹ .

Muéstranos el rostro adorable de Jesús, que *resplandece como el sol* (Mt 17,2), y eso nos basta (cf. Jn 14,8). Pero muéstranos también tu rostro y haznos oír tu voz. Pues también nosotros podemos repetirle a María la súplica que el Esposo del *Cantar* dirige a su Amada:

“*Muéstrame tu semblante,
déjame oír tu voz;
porque tu voz es dulce
y gracioso tu semblante*” (Ct 2,14)¹⁴⁰ .

¹³⁸ El griego justifica esta adición.

¹³⁹ Antífona mariana *Salve Regina*.

¹⁴⁰ La liturgia invita a ello ya que este pasaje del *Cantar* se utiliza como versículo del *Aleluya* en la fiesta de Ntra. Sra. de Lourdes el 11 de febrero.